

Ecós del Curso de Secretarios diplomados de Administración Local

En París y Londres

Con una llovizna pegajosa salimos de San Sebastián y nos colocamos a primera hora de la mañana sobre la frontera. Con emoción cruzamos el Puente Internacional y empezamos a interesarnos y a juzgar todo cuanto se nos ofrecía a la vista: el balizamiento de las carreteras; las estaciones de abastecimiento de gasolina con sus colores detonantes; el verde suave de los campos, regados constantemente por una lluvia fina, sin conocer los abrasadores rayos del sol, a menudo cubierto por nubes que entoldan el cielo; los bosques de pinos; el abundante ganado; las características construcciones en una zona constantemente visitada por gentes de todas partes del mundo, que transitan estas rutas turísticas... A todo prestamos nuestra inquisitiva atención y de todo vamos haciendo acopio para juzgar en contraste con otras cosas ya conocidas. En ruta no dejamos de extraer, a pesar del poco tiempo que paramos en las ciudades, lecciones de índole municipalista. Así, al cruzar Burdeos, donde apenas estuvimos una hora, pudimos admirar la hermosa perspectiva que se ofrece desde el puente por el que cruzamos el río, aunque ello no nos hace olvidar el miserable aspecto y la deficiente policía urbana del barrio en que paramos, con las aguas sucias discurriendo por las calles y los tenderetes de los más diversos objetos, desde ropas y zapatos a la bisutería barata, ocu-

pando las aceras en su mayor parte, obligando al viandante a marchar en continuo zigzag. En Amboise pudimos visitar y admirar su magnífico castillo y el bellissimo panorama que desde el mismo se ofrecía, y un pueblecito recoleto y cuidado que vive a la sombra de la historia y del turismo. En Blois gozamos de un par de horas agradabilísimas: una pequeña ciudad encantadora, con calles bien cuidadas y jardines primorosos, con bellas perspectivas, y una monumental escalinata que asciende al través de sus ciento y pico pedanaños por las laderas de la colina, donde, expuesta el sol, asienta la ciudad, y que ofrece el medallón de un jardín central, cuya vista, desde abajo, es verdaderamente excepcional. En Poitiers pudimos apreciar la robustez de sus murallas, y en Tours, donde pernoctamos, quedamos prendados de la belleza de esta ciudad, en parte antigua y en parte nueva y residencial al otro lado del río, con detalles ornamentales que dan al visitante la grata impresión de un cuidado meticulado en el tratamiento urbano de aquélla, cosa que no resulta ser frecuente en los pueblos de Francia, donde a menudo, y a pesar de las cualidades climatológicas, los jardines no aparecen muy cuidados y las calles no están muy limpias, ni los demás servicios municipales pueden considerarse mejores que los de otras partes, pareciendo que, en general, no funcionan muy bien la Policía y los servicios municipales.

Por fin llegamos a París. Pronto se nos comenzó a ofrecer la magnificencia de sus grandes avenidas. Cuando nuestro coche embocó la Avenida de Los Campos Elíseos, con la Plaza d'Etoile al fondo, quedamos admirados. Realmente, es maravilloso el aspecto que ofrece con su enorme circulación y con su magnífica perspectiva esta Avenida. Habíamos llegado a París con los ojos bien abiertos para captar todo cuanto nos pudiera interesar desde un orden individual, humano y profesional. Y ciertamente es aleccionador y provechoso un viaje como éste, en el que uno puede ver directamente, y sacar sus consecuencias respecto de tantas cosas como pueden allí verse, y que contadas o leídas pueden llegar a deformar el juicio que de las mismas se haga.

Parece, pues, lógico que, antes de dar el detalle de los servicios visitados especialmente, consignemos algunas notas generales

sobre el juicio total que uno se ha formado de estas grandes ciudades de París y Londres, vistas un poco con ojos municipalistas. Después será momento de exponer el pormenor de algunos servicios visitados.

Pues bien, la primera afirmación que uno se hace es que la monumentalidad de París no tiene par. El palacio del Louvre, las Tullerías, la Opera, el Sacre Coeur, la Plaza de la Concordia, etcétera, etc., ofrecen tan imponente manifestación de lo grandioso, que ciertamente uno queda impresionado. Las grandes Avenidas, aquel trazado verdaderamente magnífico que le diera Hausman y que permite a París recibir por cientos de miles los coches que constantemente y a grandes velocidades (por el puente de San Agustín pasan en una hora muchos miles de coches) se mueven por las calles de París, es algo insuperable. Pero, por contraste, en esos grandes Boulevares la Policía urbana deja mucho que desear. Las calles están poco cuidadas y se aprecia constantemente el desaliño y deficiente funcionamiento de los servicios municipales de todo orden en zonas varias, jardines, etc. Las casetas desmontables y barracones que ofrecen al viandante los más diversos objetos no aportan nada al tono y empaque de la ciudad; por el contrario, desdichan notablemente de aquella monumentalidad que en plazas y calles y en grandes edificaciones nos brinda París. Quioscos de periódicos por todas partes, ocupando zonas viarias de intenso tráfico y exponiendo a toda clase de público, mayores y pequeños, revistas en cuyas portadas campea el desnudo más absoluto. El exhibicionismo afectivo y erótico, más o menos procaz, se da por todas partes y a cualquier hora, sin que la autoridad haga en ningún momento acto de presencia. Los autobuses de transporte colectivo urbano no son, desde el punto de vista estético, nada que deba imitarse.

Londres carece de la monumentalidad de París y, no puede competir con ésta en cuanto a la magnificencia de su trazado urbano. Pero el tono de la ciudad, la limpieza de las calles, el cuidado de toda la Policía urbana y el funcionamiento, en general, de los servicios, según se capta en un primer golpe de vista al transitar por la ciudad, son manifiestamente superiores a los de París. Apenas se ven puestos de mercaderías con ocupación de la vía pública. Las

calles, y principalmente sus aceras, están despejadas de toda esta clase de obstáculos que con tanta reiteración y tan frecuentemente se dan en París. La limpieza, y hasta el atildamiento en muchas de las calles principales, es nota que pronto se clava en la retina del visitante. Y sobre todo llama la atención el transporte colectivo urbano. Unos 10.000 autobuses, casi todos ellos de dos pisos, circulan por Londres. Cuidadosamente pintados de un mismo color destacan constantemente en la perspectiva de las grandes calles. El viajero rara vez tiene que esperar más de cinco minutos a que pase su autobús. Estos van servidos por un conductor y una cobradora. La impresión que el funcionamiento de este servicio produce no puede ser mejor. Cuando uno mira una gran calle, Oxford Street, por ejemplo, y ve la enorme cantidad de tales autobuses en movimiento, se da cuenta de la importancia que este servicio tiene en Londres. Basta saber que se cifran en 540 los autobuses, 270 en cada dirección, que vienen a pasar cada hora por la referida calle. El número de empleados en este servicio asciende a unos 100.000, entre hombres y mujeres, siendo éstas solamente un 10 por 100 aproximado de aquéllos. Generalmente uno encuentra siempre asiento en el autobús, como igualmente lo halla en el «Metro», cuyos asientos están tapizados y bien conservados, aunque vetustos; el trazado del metro, tan pronto saliendo a la superficie como pasando bajo el Támesis, y la estructura de las estaciones, ofrecen muestra del sentido eminentemente práctico y hondamente sistemático del inglés. En varias estaciones existen escaleras rodantes que facilitan al viajero la subida y la bajada sin esfuerzo. El importe de los billetes es distinto, según la distancia, y el control que se ejerce sobre los viajeros se hace como en Madrid, a la salida de las estaciones, al contrario de lo que ocurre en París, donde se lleva a cabo este control a la entrada de la estación, siendo ello debido a que en el «Metro» parisino el billete es único para cualquier trayecto, aun cuando suele llevar cada composición un pequeño departamento de primera clase, cosa que no se da en Londres, donde la clase es única.

Otra de las notas de interés apreciadas en Londres es la atención que se presta al peatón en el paso de la calle. El signo de paso

de los peatones se halla pintado en listas blancas y negras, y no abundan los guardias encargados de la vigilancia del paso. Las señales luminosas y acústicas indican al paetón lo que ha de hacer, y éste se atiene a tales indicaciones. Cuando al cruzar la calle por estas zonas listadas, a modo de piel de cebra, duda un momento si ha de pasar o no, el coche que se acerca se produce con toda cautela y deja el paso libre. En general, la circulación se produce con orden mucho mayor que en París, si bien ha de tenerse en cuenta que la circulación rodada de esta última capital es enormemente mayor que en Londres y a unas velocidades muy superiores a las que se rueda sobre el pavimento londinense.

En París, donde nuestro Embajador, Sr. Conde de Casas Rojas, acompañado del Agregado Cultural, Sr. La Orden, y del Agregado de Prensa, Sr. Sentís, nos recibió con gran cordialidad y se mostró obsequioso y gentil, visitamos uno de los grandes colectores subterráneos de aguas sucias en el mismo corazón de la ciudad. Acompañados por el Ingeniero de los Servicios Sanitarios del Ayuntamiento de Madrid y Profesor del Instituto Sr. Paz Maroto, y de los también Ingenieros franceses Sres. Jacob y Loch, montamos en una gran barca que nos condujo en largo recorrido a través del colector. Allí pudimos ir apreciando cómo desaguaban en el gran colector otros menores y cómo en éstos se acometían las bajadas de aguas sucias de las fincas o de las aguas pluviales de las calles. Apenas se notaba el más ligero olor en aquel cúmulo de aguas que arrastraban los desperdicios de la gran ciudad. La enorme cantidad de agua que circula a bastante velocidad, con más de dos metros de profundidad, y la limpieza constante que tanto del gran colector como de los colectores afluentes se hace por los empleados de este servicio permite conseguir que estas galerías de agua sucia se mantengan en condiciones tales que permite navegar por ellas sin apenas sentir molestias en el sentido del olfato. Debe tenerse en cuenta que este servicio de recogida de aguas sucias corresponde a un conglomerado urbano de más de cinco millones de habitantes, habiéndose llegado a conseguir realizarlo en unas condiciones verdaderamente magníficas.

En la actualidad, el subsuelo de París se halla cruzado no sólo

por estas galerías de aguas sucias, sino por los subterráneos del «Metro», por las galerías destinadas a los cables eléctricos, por las canalizaciones de aguas limpias, por los conductos de calefacción urbana, por los tubos de aire comprimido, por los cables telefónicos y telegráficos, por los tubos pneumáticos y otros más. La instalación de estas diferentes canalizaciones en el interior de las galerías presenta la ventaja de facilitar su vigilancia y evitar, en caso de reparación, o simplemente para su debido entretenimiento, la apertura de calas y zanjas sobre la vía pública, con los gastos que ello habría de llevar aparejado y la perturbación para el tráfico de superficie.

En general, la recogida de aguas y su evacuación se lleva a cabo por gravedad: en algunas ocasiones se necesita elevarlas. Las aguas que se reciben en los colectores se conducen a Clichy, pero es necesario, para ello, hacer pasar las aguas de la izquierda del Sena a la margen derecha, por debajo del río, mediante siete sifones, algunos de los cuales tienen hasta 1,80 metros de sección. El ancho de los colectores, aunque varía según la importancia de los mismos, llega a ser en muchos hasta de seis metros, y su altura alcanza hasta cinco metros, con una profundidad normal de agua de hasta dos metros. La longitud total de los colectores en servicio llega casi a la cifra de 1,600 kilómetros. Claro está que para llegar al estado de perfección que hoy han adquirido estos servicios ha sido menester recorrer un largo camino de esfuerzos sostenidos. Hace poco más de un siglo se describía el estado del servicio de evacuación por Víctor Hugo, en *Los Miserables*, con tonos terroríficos. Pero hoy, como antes se ha indicado, se hallan muy lejos de tal descripción, que puede ya considerarse como leyenda, puesto que los colectores de aguas sucias vienen a ser galerías visitables, aireadas, limpias y sin malos olores. Esta situación actual es obra principalmente llevada a cabo en la segunda mitad del siglo XIX, gracias al estudio y al esfuerzo de Belgrand, que fué el que llevó a cabo los grandes colectores de Asnières, del Norte y de la Bièvre, este último con paso del Sena en sifón.

Otro de los servicios visitados fué el de tratamiento y depuración de las aguas residuales de París. Todas las aguas sucias de

la ciudad llegan a la instalación de Clichy, que recibe alrededor de 1.250.000 metros cúbicos diarios de aquéllas. Desde Clichy se envían a la instalación de Colombes.

Hasta no hace mucho la única depuración se hacía a través del suelo mediante la utilización agrícola. Pero ello presentaba notorios inconvenientes y peligros de orden sanitario, y, por otra parte, los campos de irrigación han llegado a ser insuficientes, y por todo ello se han tenido que poner en práctica procedimientos de depuración artificial. De esta clase son la estación experimental de Colombes y la estación de depuración de Acheres, que visitamos. En la primera, a pesar de ser simple estación experimental, se vienen a tratar aproximadamente las aguas de 30.000 habitantes, y su objeto es poner en experimentación los procedimientos modernos encaminados al tratamiento de las aguas sucias y procurar hallar los medios de recuperar los subproductos de las aguas de desecho. En esta estación depuradora experimental se emplean los llamados decantadores primarios; las instalaciones de aireación para los lodos activos; las llamadas digestoras; las instalaciones de recuperación de los lodos decantados o digeridos, del gas y del agua depurada, y el laboratorio donde se realizan los análisis para mejor estudiar la posibilidad de llevar a cabo en las mejores condiciones económicas la depuración de las aguas sucias y obtener la recuperación de cuerpos fertilizantes y de gases aprovechables.

La estación de depuración de Acheres se compone de varios elementos para tratar las aguas sucias. Las operaciones principales son: la de separar las materias grávidas por decantación simple; la depuración completa de las aguas decantadas por aireación en presencia de lodos activos; tratamiento de los lodos por fermentación metánica, que tiene por objeto desodorizarlos y hacerlos solubles parcialmente, para reducir su volumen, permitiendo así obtener un líquido imputrescible y perfectamente clasificado. Por otra parte, la fermentación o digestión de los lodos origina un desprendimiento importante de gas, con una gran proporción de metano, que se utiliza primeramente para accionar las máquinas de la estación depuradora y se destina, además, para otros usos.

En los estudios que se han llevado a cabo con posterioridad se

ha procurado tender a la utilización agrícola de los lodos digeridos. El gas producido viene a tener un 70 por 100 de metano y un 30 por 100 de gas carbónico. Con estos aprovechamientos no sólo puede subvenirse a los gastos de prestación del servicio, sino enjugar, en parte, los gastos de instalación.

El servicio de abastecimiento de aguas limpias a París fué otro de los que visitamos, obteniendo información sobre el particular. En la actualidad se utilizan dos clases de aguas en París: una, para la atención de los servicios sanitarios e higiénicos, y otra, para la bebida, teniendo redes de distribución distintas para ambas clases de aguas. No es necesario poner de relieve la importancia que tiene este servicio en un conglomerado urbano como el actual de París, y ciertamente los Poderes públicos se han ocupado, con toda la atención, de este tan importante servicio, que ha adquirido cada día mayor volumen y trascendencia al compás del desenvolvimiento y del crecimiento de la población, así como de la exigencia, cada día mayor, que por razones higiénicas y sanitarias impone un mayor gasto y consumo del agua.

La captación de aguas potables se hace principalmente en los numerosos manantiales que se hallan inmediatos a París en un radio de 150 kilómetros. Otra parte de aquellas aguas se obtiene filtrando el agua de los ríos extraídas del Sena y del Marne, en lugares inmediatos a la capital. Es en el siglo XIX cuando, a consecuencia de las epidemias de cólera que asolaron Europa entera, principalmente en los años 1831 y 1832, y que se hicieron notar de una manera particular sobre París y Londres, se comienzan a poner en marcha los elementos precisos para resolver el problema del abastecimiento de aguas, después que se demostró el origen hídrico en la transmisión de muchas enfermedades. Haussman y otros colaboradores sometieron al Consejo Municipal, en 1854, un programa, cuyos puntos fundamentales eran los siguientes:

- 1) Creación de redes de canalización independientes, una para el agua de riego, usos públicos e higiénicos, y otra para el abastecimiento de aguas potables.
- 2) Afectación al servicio público de todas las aguas que hasta entonces se utilizaban en París.

3) Conducción a París de las aguas captadas a gran distancia, al abrigo de cualquier contaminación.

4) Mínimo de 200 litros de agua por habitante y día.

5) Construcción de depósitos a conveniente altura a fin de asegurar en todo caso la suficiente presión para llegar hasta el último piso de todas las edificaciones.

Desde entonces el servicio de aguas fué mejorando notablemente, y los antiguos «porteurs d'eau» con toneles, cuyo número en el año de 1813 ascendía a 1.216 y en 1876 había descendido a 710, desaparecieron totalmente hacia el año de 1890.

El volumen aproximado de consumo en París es de unos 500 metros cúbicos, y para tal suministro se dispone en la actualidad de 50 fuentes de producción, comprendiendo 25 captaciones de manantiales, 12 pozos y 13 galerías de una longitud total de 1,760 metros. Hay también cinco acueductos, con una longitud de 600 kilómetros.

Las aguas de que se surte París no pueden indudablemente compararse, en cuanto a las condiciones de potabilidad, con las de Madrid. En su estado natural, las aguas del Sena y del Marne no están limpias y su coloración es algo verdosa, siendo frías en invierno y calientes en verano, y relativamente poco abundantes en bacterias, cuyo número varía, como es de suponer, según los lugares y las estaciones del año, la temperatura, ambiente, etc. Las aguas del Sena y del Marne pueden, como en efecto lo son, utilizarse como potables después de una filtración y esterilización sin peligro alguno para la salubridad de la población. Para la filtración hay dos establecimientos, llamados de Saint-Maur e Ivry. Después de la filtración de las aguas, se someten éstas a la esterilización por cloro, mezclando con el agua una solución de hipoclorito de sodio. También existe una estación esterilizadora por ozono, mezclando el agua con una corriente de aire previamente secado y ozonizado. Obtenida, así, el agua se distribuye mediante redes adecuadas.

* * *

La impresión general de Londres ya quedó antes expuesta. Más corta que en París nuestra estancia, no nos fué posible hacer detenida visita a los servicios. El Presidente del London County Council nos recibió cordialmente, dirigiéndonos la palabra para darnos la bienvenida y para hacernos presente que ponía a nuestra disposición uno de los altos funcionarios de la Casa, Mr. Blackhurst, para que nos informara de lo que pudiera interesarnos en relación con nuestra profesión. Le dimos las gracias más expresivas por boca del Sr. Gallego y Burín, Secretario general del Instituto de Estudios de Administración Local, que era miembro de la expedición, haciendo de intérprete el Sr. Pujals, del Instituto de España en Londres.

Del modo cómo funcionan los varios servicios de Londres se rodó para nosotros una cinta documental muda (pero explicada en español por un inglés, correctamente), en donde se recogían notas alusivas a facetas varias de cada servicio, haciendo un panegírico de su buen funcionamiento. La importancia de estos servicios se pone de manifiesto con sólo considerar que para prestarlos se emplean más de 10.000 funcionarios administrativos y técnicos, y que entre todos los de otras clases pasan de los 60.000.

Hicimos una detenida visita a las dependencias del Palacio donde radica el London County Council, y en el que pudimos apreciar una buena instalación, pero sin lujo. Nos llamó la atención el gran hemicycle donde se asientan los 129 Consejeros a discutir los asuntos de su competencia.

También en el Real Instituto de Administración Pública fuimos recibidos con la mayor gentileza: un te con pastas y una amplia referencia a las labores que dicho Instituto lleva a cabo en orden al estudio e investigación de múltiples problemas relacionados con los servicios públicos mediante conferencias, cursos, publicaciones, etcétera. Mr. Brunt fué dando respuesta a nuestras preguntas. Otra visita obligada fué a la Embajada de España en Londres, donde el Embajador, Sr. Primo de Rivera, nos recibió cordialmente, estrechándonos la mano y poniéndose a nuestra disposición para cuanto nos fuera preciso en Londres.

A pesar del poco tiempo de que hemos podido disponer para

ver París y Londres y los lugares varios por donde hemos pasado, estimamos interesantísima esta salida que nos ha permitido ver, observar, tomar datos de primera mano, contrastar y sacar consecuencias. Es de tanta importancia para la formación del Secretario que firmemente creemos que estas visitas, debidamente y con tiempo organizadas, para sacar el máximo provecho, debieran formar parte integrante de la preparación de los cursos de Secretarios de Primera Categoría de Administración local. Nosotros estimamos que no hemos perdido el tiempo, sino que hemos sacado abundantes frutos de este viaje, y, por ello, expresamos nuestro agradecimiento más sincero a quienes lo han hecho posible : al Director general de Administración local, D. José García Hernández ; al Director del Instituto, D. Carlos Ruiz del Castillo ; al Director del Banco de Crédito Local, D. José Fariñas ; al Alcalde del Ayuntamiento de Madrid, al Presidente de la Excm. Diputación madrileña y a las varias Corporaciones Locales que nos ayudaron.

A todos muchas gracias.

N. RODRÍGUEZ MORO

Doctor en Derecho

Secretario de 1.ª categoría de Administración Local